

EDITORIAL

El viaje del Papa a Centroamérica

Se esperaba con expectación y también con preocupación el viaje de Juan Pablo II a Centroamérica y Panamá, porque el área centroamericana, especialmente en los casos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, está considerada hoy día por múltiples razones como una de las más conflictivas. Concluido el viaje, que tuvo momentos de gran tensión únicamente en Nicaragua, es hora de reflexionar sobre sus resultados, de proyectarlo hacia adelante para un mejor aprovechamiento de lo que con él se logró.

1. La realidad de los países centroamericanos

Es opinión común efectivamente que Centroamérica constituye hoy problema mundial. Para comprobarlo basta recordar el espacio y el tiempo que ocupa esta pequeña región en todos los medios informativos y en los más altos foros internacionales. La Administración Reagan ha hecho del área una zona de alta prioridad, como si en ella se jugase de forma determinante el destino de los intereses y de la seguridad norteamericana.

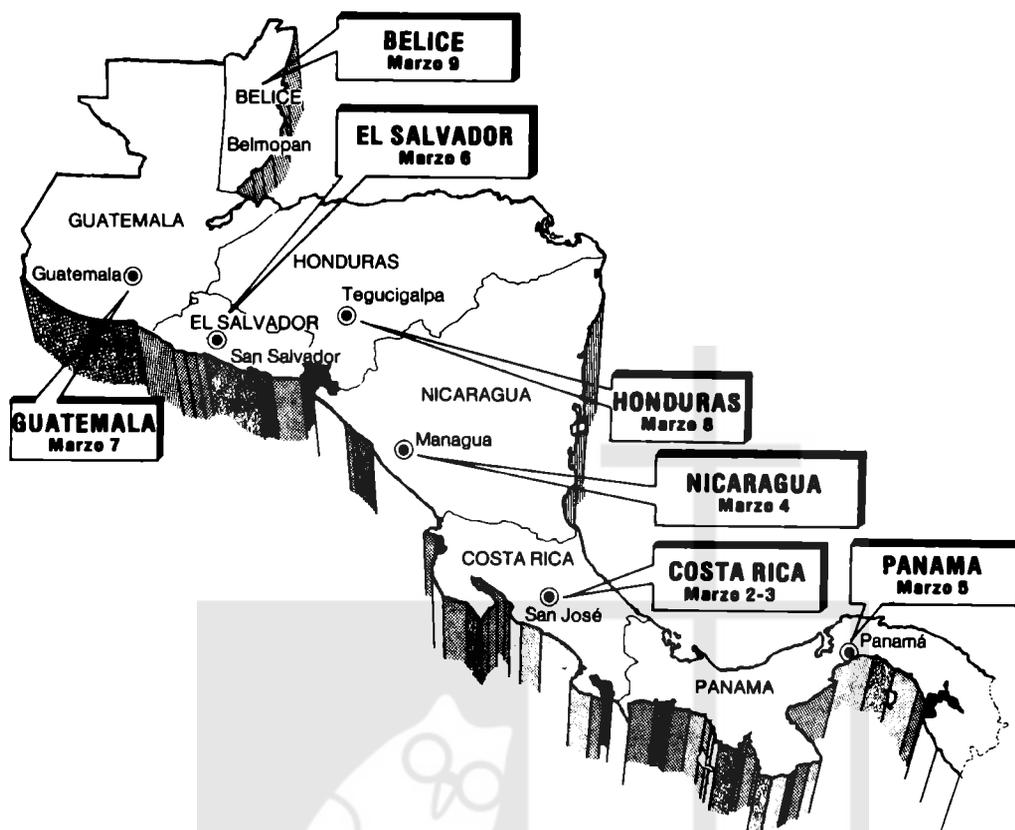
Desde la perspectiva evangélico-social del Papa lo más llamativo son sin duda los muertos y, en general, el enorme sufrimiento de los pueblos centroamericanos. Son cientos de miles de asesinados por razones políticas en los diez últimos años sobre todo en la Nicaragua de Somoza, en la Guatemala de los regímenes militares y en El Salvador que siguió al 15 de octubre de 1979. Hoy mismo siguen las muertes y los asesinatos en Guatemala y El Salvador y en menor grado en Nicaragua por efecto principalmente de quienes buscan derrocar violentamente al régimen sandinista. Panamá y Costa Rica ofrecían problemas menores, menos candentes y explosivos. Honduras disimula con su régimen formalmente democrático los enormes problemas que latentemente incuba. Pero el conjunto de los países,

estrechamente relacionados entre sí, está en plena efervescencia política y/o militar, lo cual ha llevado a hablar con toda propiedad del volcán centroamericano, del que sus intermitentes y potentes explosiones prenuncian un cataclismo regional, cuyas consecuencias pueden llegar a sentirse más allá de las fronteras centroamericanas.

Se esperaba entonces que el Papa afrontase desde su perspectiva evangélica la realidad de estos pueblos y de estos países. Se esperaba una respuesta general a los problemas generales del área: subdesarrollo, conflictividad, intervencionismo, etc., pero también se esperaba un cierto juicio de cada una de las situaciones más agudas y también un apunte de solución. Eran pocos los días, pero no por ello faltarían ocasiones para consolar, denunciar y orientar. Eran estrictas las exigencias del protocolo —un jefe de Estado ante anfitriones que eran también jefes de Estado— pero eran también urgentes las necesidades de un pueblo, en su mayoría cristiano, que pedían del Supremo Pastor en la tierra atención y remedio más allá de los protocolos, más allá de las consideraciones fundamentalmente políticas.

El Papa se encontraba con Nicaragua, donde la revolución sandinista no sólo ha derrocado a un régimen totalitario y sanguinario, sino que está empeñada en llevar adelante profundos cambios en beneficio de las mayorías populares no sin altos costos políticos y económicos. El Papa se encontraba con El Salvador, donde el proyecto reformista del 15 de octubre de 1979 ha conducido al país a una terrible represión, cuyas víctimas mortales superan el número de cuarenta mil y a una guerra civil cada vez más extendida y profunda. El Papa se encontraba con Guatemala, donde un nuevo régimen ha hecho del terror militar contra los indígenas una de las armas fundamentales en su lucha contra los movimientos insurgentes. El Papa se encontraba con Honduras, donde además de los problemas propios del subdesarrollo, hay una intervención masiva de los norteamericanos que han hecho del suelo hondureño una gigantesca base militar y política para poder actuar en Nicaragua, Guatemala y El Salvador. El Papa se encontraba con regímenes democráticos y regímenes militaristas, con regímenes de extremo capitalismo y con regímenes de orientación socialista. El Papa se encontraba con ingentes problemas estructurales, pero se encontraba también con millones de rostros humanos, en su inmensa mayoría marcados por el hambre, el sufrimiento, por el terror de la represión, por la violencia sanguinaria.

¿Que iría a hacer y a decir el Papa, durante tantos años esperado, ante esta compleja y dramática situación?



2. La respuesta del Papa a la realidad centroamericana

El Papa reiteró lo que ya había dicho en otras ocasiones: que la raíz última de los males que afligen a la región está en la injusticia estructural, en los sistemas injustos que secularmente se han impuesto sobre la región. Lo había dicho en el Mensaje a los obispos de El Salvador y lo repitió en el Vaticano, como síntesis final de su viaje centroamericano. Lo manifestó con fuerza ante los campesinos panameños, ante los indígenas guatemaltecos y lo dejó escrito para los obreros centroamericanos. No por evidente deja de tener importancia el que el Papa haya ido a la raíz a la hora de explicar la causa de nuestros males y consecuentemente su remedio. Cuando la mayor parte de los regímenes del área no usan este lenguaje y propenden a castigar a quien lo usa, cuando incluso muchos eclesiásticos se sienten escandalizados cuando se lo utiliza siguiendo el espíritu y el vocabulario de Medellín y Puebla, era importante que el Papa lo dijese con reciedumbre. Y lo dijo. La injusticia estructural es la causa última de nuestros males y esa injusticia es el resultado de

un sistema capitalista que ha imperado sobre nuestros pueblos sin cortapisa alguna. Nuestro mal, toda la violencia desatada, no viene últimamente de prédicas subversivas ni de indoctrinamientos marxistas; viene de regímenes que han dado prioridad al capital sobre el trabajo y que han sacado todas las consecuencias lógicas y necesarias de esta falsa e injusta prioridad.

La superación de este mal no está, según Juan Pablo II, ni en la violencia de la guerrilla ni en el establecimiento de sistemas totalitarios colectivistas que puedan poner en entredicho la dignidad del hombre. No es que el Papa haya querido dar una teoría general de la violencia. Más bien se ha acercado al problema centroamericano desde una perspectiva histórica y evangélica. Desde la perspectiva evangélica puede y debe decir que toda violencia es en un principio un mal que todo uso injusto de la fuerza debe ser condenado cristiana y humanamente; desde la perspectiva histórica constata que la violencia ha traído muchos y graves males a nuestra región y que no se ve ya cómo pueda traer bienes que la compensen. Pero al hablar así de la violencia hay que tener muy en cuenta quién la hace, quién la emprende, quién no hace sino resistir. El Papa no ha hablado expresamente de este punto, porque esto le hubiera llevado a meterse en problemas de política internacional; sin embargo, ha hablado claramente de armas y ayudas militares que vienen de fuera de la región y que han hecho de ésta escenario de pugnas internacionales, que apenas tienen nada que ver con la realidad de nuestros pueblos.

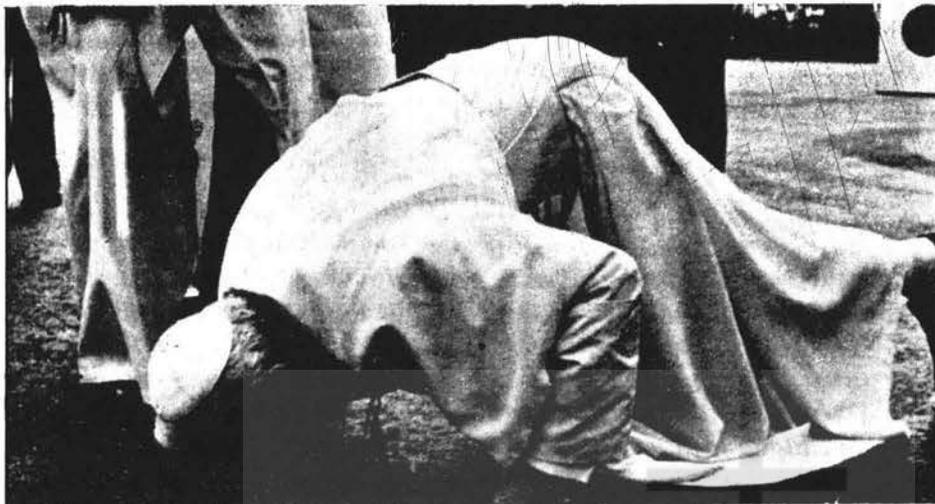
*Para enfocar todos estos problemas y en general aquellos que tienen que ver con la posición del hombre en la sociedad y en la historia, el Papa ha recomendado mucho que se atienda a la enseñanza social de la Iglesia. Esta enseñanza ha sido cambiante en algunos aspectos importantes desde finales del siglo XIX hasta nuestros días; por eso se habla mejor de enseñanza social que de doctrina social. Mirados nuestros sistemas de gobierno, nuestros sistemas económicos, nuestras clases sociales en el espejo de la más reciente enseñanza social de la Iglesia (**Gaudiun et Spes, Mater et Magistra, Pacem in terris, Populorum Progreso, Octogessima adveniens, Laborem exercens, Medellín y Puebla, etc.**) aparecen tales monstruosas deformaciones, que las clases dominantes difícilmente tolerarán el que se difunda esa enseñanza autorizada de la Iglesia sobre las cuestiones sociales. Aparecen también luces y perspectivas nuevas que orientan a la hora de reformar y de buscar un orden social que responda efectivamente a las necesidades de cada pueblo. La Iglesia no tiene un sistema político y económico propio, pero tiene que estar contra todo sistema político y económico que no respete la dignidad del hombre en sus exigencias de justicia y de libertad.*

Nuestro mal, toda la violencia desatada, no viene últimamente de prédicas subversivas, ni de indoctrinamientos marxistas, sino de regímenes que han dado prioridad al capital sobre el trabajo.

Desde esta perspectiva el Papa insiste en la búsqueda de la paz, una paz verdadera, que lleva consigo la justicia, la libertad. No se contenta con cualquier cosa que externamente pudiera parecer paz al haberse logrado por la fuerza la ausencia de conflictos aparentes. No pide cualquier paz ni la paz a cualquier costo. Sabe bien, y así lo expresó en El Salvador, que los pueblos gimen incontenibles en busca de la paz: queremos la paz gritó el Papa en Metrocentro como gritaban las masas en la Plaza 19 de Julio de Managua. La Iglesia también quiere la paz respondió el Papa con energía a quienes en Managua manifestaban su deseo de paz contra las bandas somocistas y contra el intervencionismo norteamericano. Hay que ir cuanto antes en busca de la paz; hay que convertir a todos los hombres en artesanos de la paz. Pero no hay que ideologizar la paz. El llamado a la paz está hecho por igual a ambas partes involucradas en el conflicto armado; está hecho por igual a las dos superpotencias de las cuales una ha hecho de la guerra y del triunfo militar el camino preferido para llevar adelante sus intereses en Centroamérica.

Para conseguir esta paz el Papa ha propuesto tres metas: la de la superación de la injusticia estructural, la de la conversión de los ánimos hacia un clima de amor y reconciliación y la apertura a un diálogo auténtico entre todos los ciudadanos, pero especialmente entre los responsables principales del conflicto y del modo de conducirlo.

La superación de la injusticia estructural no es cosa de un día ni siquiera de unos pocos años. Nuestros sistemas económicos se han ido estructurando desde la explotación y la injusticia durante siglos; por eso es tan difícil su transformación. Pero es que, además, esta transformación depende de una serie compleja de relaciones internacionales, cuyo cambio no depende de la voluntad de un solo pueblo o de un conjunto pequeño de pueblos, como es el caso de los países centroamericanos. Hacen falta profundas transformaciones como en el caso de Nicaragua, cuyos esfuerzos por cambiar alabó Juan Pablo II; hace falta una revolución pacífica que tenga en cuenta el estado de nuestros pueblos, pero también las posibilidades que tienen a mano así como su propia idiosincracia; hace falta acercarse cada vez más a una civilización de la pobreza donde a nadie le falte lo necesario para desarrollarse plenamente como hombre, donde no haya desigualdades escandalosas, donde no se haga del tener y del consumismo la forma superior de ser y de felicidad.



Pero el dar la importancia debida a lo estructural no quita para dar mayor importancia, si cabe, a lo personal. Lo estructural es lo más necesario, pero lo personal es lo más importante. Juan Pablo II ha puesto sus ojos en el corazón del hombre centroamericano y ha urgido a cambios profundos en la esfera de lo personal. De poco sirven los cambios estructurales si no se llega al cambio interior, al cambio personal, al cambio de actitudes fundamentales. Por su formación filosófica personalista y por exigencias de su catequesis cristiana el Papa insiste con fuerza en el papel que desempeñan los factores subjetivos personales en la transformación del hombre, de la sociedad y de las estructuras. Juan Pablo II se esforzó por despertar una gran esperanza en el hombre y en sus posibilidades de cambio. Puede cambiar el rico, puede cambiar el terrorista —no bajó a determinar quién es entre nosotros el terrorista—, puede cambiar el que está movido por el odio y el rencor, pueden cambiar todos. De ahí que para él tenga pleno sentido el llamar a la reconciliación, la cual por un lado, implica cambio de actitudes malas e intransigentes, pero por otro implica la posibilidad de un acercamiento.

Es en este contexto donde aparece la necesidad del diálogo como solución a los problemas centroamericanos. Un diálogo verdadero desde luego, pero un diálogo al fin. El Papa es consciente de las dificultades del diálogo, sobre todo si se entra a él con actitud no dialogante, si lo que se busca es un remedo de diálogo y no un verdadero diálogo; un diálogo del que nadie debe ser excluido. "Nadie debe ser excluido del diálogo por la paz" dijo enérgicamente en la misa de San Salvador ante el aplauso de miles de salvadoreños. Monseñor Rivera y Damas, el nuevo arzobispo de San Salvador recogería en sus siguientes homilias

esta llamada al diálogo en términos más concretos en plena fidelidad al llamado del Papa y como solución inmediata a la guerra y a la violencia en El Salvador. La salida al conflicto centroamericano por la vía del diálogo quedó sancionada por la autoridad pontificia.

3. Resultados de la visita papal

Juan Pablo II ya en Costa Rica no pudo evitar el fusilamiento en Guatemala de ciudadanos centroamericanos, a pesar de haber pedido la suspensión del mismo; poco después de su partida el gobierno de Ríos Montt: volvía a repetir la escena de los fusilamientos. Días después de la partida del Papa varios miles de somocistas y enemigos del régimen sandinista se lanzaban desde las montañas de Nicaragua, apoyados por Estados Unidos y Honduras, al derrocamiento por la violencia del régimen sandinista. La tregua decretada por el FMLN durante la estancia del Papa en El Salvador sólo duró unas horas y el cese de la represión sólo ha sido una ilusión momentánea, pues ya el domingo 10 de abril el arzobispo de San Salvador tuvo que anunciar en la homilía la triste nueva de que la "ola de la violencia irracional" había causado durante la semana anterior 107 víctimas, cuarenta y seis de las cuales por los escuadrones de la muerte y otras treinta y siete presumiblemente atribuidas al ejército nacional. Estados Unidos por su parte buscaba afanosamente nuevos campos de entrenamiento militar para los soldados salvadoreños en una marcha frenética a un mayor enfrentamiento armado. ¿Son estos los resultados de la visita papal?

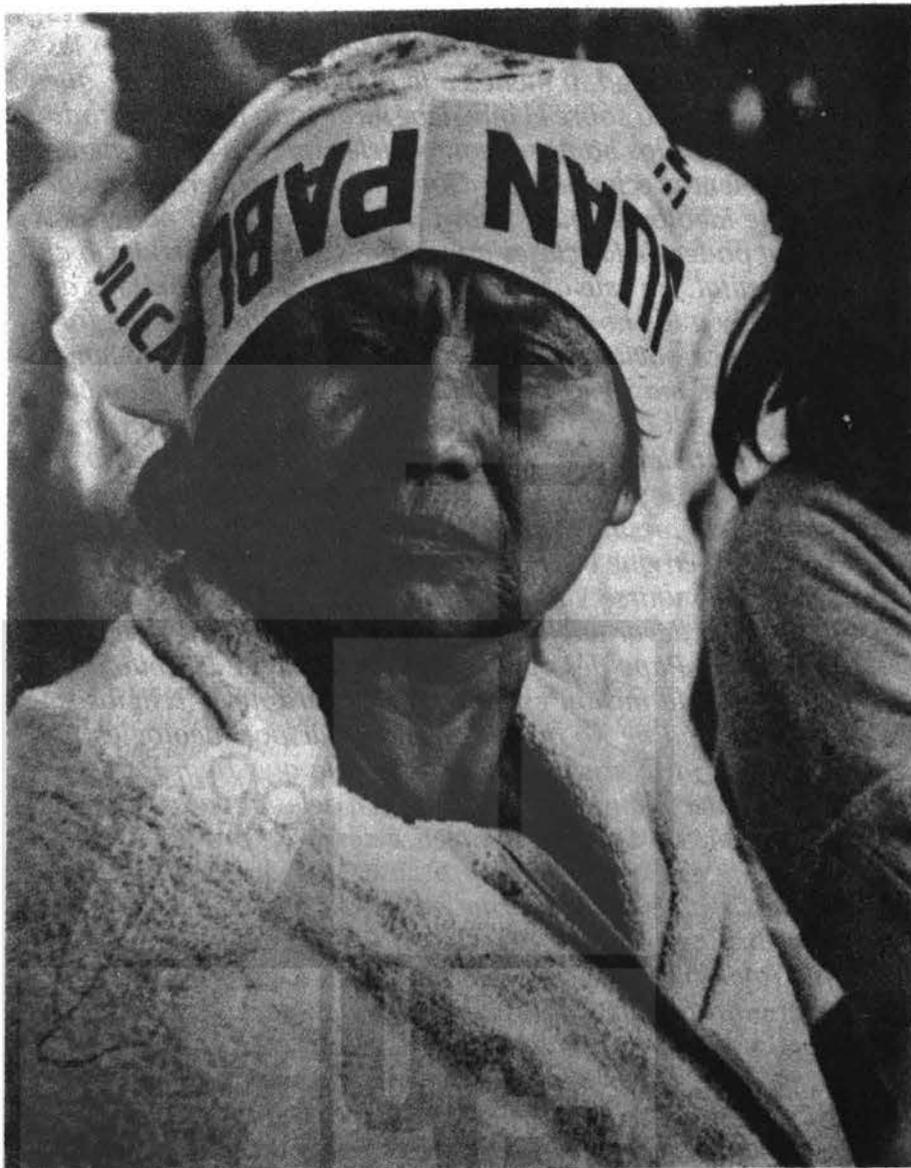
La visita papal pretendía ser más apostólica que política, aunque dadas las circunstancias no podía separarse un aspecto del otro. En grandes multitudes pareció reavivarse el espíritu religioso y aun pudiera decirse más específicamente la fe cristiana. Esta fe fue sometida a prueba cuando el Papa insistió en las exigencias morales y sociales de la fe cristiana, pero los aludidos por esta causa no reaccionaron y prefirieron adoptar una postura pasiva. Sólo en el caso de la misa de Managua hubo una fortísima y masiva respuesta que, si no afectó a la fe sencilla del pueblo, puso en grave trance a quienes son fieles al mensaje cristiano, pero también, aunque en otro orden, al compromiso con la revolución sandinista. Hubo graves equívocos en esta ocasión: las palabras del Papa —otra cosa fue el tono en medio de un contexto tan politizado— no implican directamente una condena del sandinismo, ni siquiera de sus excesos y limitaciones, sino un aviso de sus posibles peligros; pero, por el otro lado, los gritos de miles y miles de nicaragüenses tampoco implican pro-

fanación o menosprecio del Papa, sino más bien una respuesta pública —si se está abierto al aplauso hay que estar abierto también a la crítica clamorosa— movida principalmente por el deseo insatisfecho de que se reconociesen emotivamente los dolores y sufrimientos de muchos patriotas. Se perdió en esta ocasión una gran oportunidad de encuentro y de crítica constructiva tanto para hombres de Iglesia como para hombres del sandinismo. El diálogo que lleve a la unidad no fue aquí posible.

Tras la visita no puede negarse que la autoridad moral y religiosa del Papa frente al pueblo centroamericano es todavía enorme. El Papa tiene mucho que hacer y decir entre nosotros. Y sin duda lo hará una vez que ha sentido más de cerca a millones de seres humanos, que representan maravillosamente a aquellos más pequeños y pobres, a los que se destina preferencialmente la buena nueva de Jesús. El Papa ha adquirido un nuevo compromiso con estos pueblos y no deben haber dudas de que va a ser fiel a él, en lo que respecta a la fe cristiana y en lo que respecta al bienestar temporal. Los gobernantes centroamericanos han acercado al pueblo centroamericano a un invitado muy especial, a un invitado que les puede resultar molesto, si es que pronto no son atendidas sus palabras de paz en la justicia y en la libertad, de diálogo que ponga fin a la violencia y a la guerra. Quien se ponga de espaldas a la fe cristiana del pueblo, está desconociendo una realidad muy profunda. Esta fe puede ser manipulada, pero esta posibilidad no esconde la realidad de su vigencia y de su fecundidad. La fe cristiana y los hombres de Iglesia siguen teniendo mucho que decir y hacer en Centroamérica, no sólo en el ámbito interior de las conciencias, sino también en la plaza pública de las realidades sociales.

El Papa se inclinó fuertemente por los caminos del diálogo y en contra de los caminos de la guerra; desató con ello nuevos dinamismos en favor de las soluciones negociadas. Sus palabras en este sentido son claras, pero su eficacia no puede ser fulminante; son palabras sembradas en tierra árida, cuyo cultivo debe proseguirse bajo la mirada del propio Juan Pablo II, pero con la colaboración activa de los obispos, de los sacerdotes y religiosos, de todo el pueblo de Dios, especialmente de aquellos laicos cristianos comprometidos en la política activa del poder. Los sandinistas deben dialogar con sus opositores de buena fe, los hondureños deben dialogar con los nicaragüenses, las distintas fuerzas sociales de El Salvador deben dialogar entre sí. No es que la iglesia pueda convertirse en factor determinante del diálogo.

El Papa repitió que la injusticia social es la causa última de nuestros males y es el resultado de un sistema capitalista sin cortapisa.



La Iglesia no tiene un sistema político y económico propio, pero debe estar en contra de todo sistema político y económico que no respete la dignidad del hombre en sus exigencias de justicia y de libertad.

go, pero su contribución puede ser importante. El Papa hizo sentir al pueblo la necesidad del diálogo, un diálogo que termine con la guerra y la destrucción, un diálogo que acerque la paz.

El Papa,asimismo,impulsó a buscar nuevas formas de convivencia, nuevas formas de sociedad y de solidaridad, que hagan

del progreso social y del desarrollo humano una tarea real antes que un problema ideológico. No deben anteponerse las ideologías a la realidad ni menos a la dignidad del hombre, que es el centro histórico sobre el que debe girar todo lo demás: todo el hombre y todos los hombres como suele repetirse últimamente en los documentos eclesiásticos. Con ello puso en alerta ante toda suerte de ideologías que subordinan al hombre al poder del Estado o al poder de las clases dominantes y de los partidos o al poder de capital. En este orden de cosas alentó a los hombres de pensamiento y a los hombres de acción a encontrar nuevas formas económicas, sociales y políticas que hagan del hombre, en el horizonte de las mayorías populares y de la opción preferencial por los pobres, el centro de la historia. Aquí se abre un gran campo a la creatividad de las universidades y al mejoramiento de la educación y de la cultura, pero también a la creatividad de los movimientos campesinos, obreros e indígenas. Repetidas veces insistió el Papa en que es el hombre el sujeto de la historia y en que es necesario unirse y organizarse para defender los propios derechos y para llevar adelante un nuevo proyecto de sociedad.

También el Papa dejó claras directrices sobre la unidad de la Iglesia, sobre la misión específica de sacerdotes y religiosos, sobre la necesidad de no dejarse contaminar por ideologías no conformes con la fe cristiana. Es indudable que Juan Pablo II busca un fortalecimiento de la institución eclesial para hacer de ella un instrumento apto de evangelización y de promoción humana, aunque este fortalecimiento ha de lograrse conforme al Espíritu de Cristo y no conforme a tácticas que tienen más que ver con las luchas políticas. En este sentido las maniobras electorales que tuvieron lugar en la última reunión del CELAM a la hora de nombrar su nueva directiva no dejan de causar perplejidad. Una cosa son las palabras que se dicen en los discursos y otra la realidad de los hechos a la hora de mantener el poder eclesiástico. Son luchas dentro de la realidad de la propia jerarquía que llevan el fortalecimiento de la institucionalidad eclesiástica por caminos demasiado humanos. No es así como debe entenderse el mensaje y la voluntad del Papa a la hora de buscar la unidad de la Iglesia. Una unidad que se espera sea símbolo eficaz de la unidad social que debe darse entre las clases y los pueblos.

Las luces y las sombras del viaje papal dejan una gran tarea por delante. Algunos resultados positivos y negativos ya están a la vista. Pero lo mejor de su palabra tardará en fructificar. Mantengamos la esperanza.